

# SECCION

# BIBLIOGRAFICA

## RECENSIONES

GERMÁN ARCINIEGAS: *Este pueblo de América*. Secretaría de Educación Pública (Dirección General de Divulgación), Editorial Sep-Setentas, México, D. F., 2.<sup>a</sup> edic., 1978, 200 pp.

Germán Arciniegas, como es bien sabido, es una de las figuras más importantes de Colombia. Un gran amigo de España, a la que profundamente conoce y sobre la que, en efecto, ha escrito páginas sumamente luminosas en torno a nuestro pasado histórico y a nuestro actual presente político, social y humanístico. En este bellissimo libro que nos llega del otro lado del Atlántico se ocupa y preocupa de ofrecernos, a través del proceso cultural respectivo, la gran importancia internacional que, en todos los órdenes, entrañan los pueblos de Iberoamérica. Si exceptuamos a los profesores Leopoldo Zea y a Uslar Pietri, autores, igualmente, de obras muy parecidas a la que inspira el presente comentario, tendríamos que destacar, en primer lugar, la radical originalidad puesta en juego por el doctor Arciniegas para demostrarnos, una vez más, el importante futuro político internacional que aguarda a los diferentes pueblos que, con mayor o menor precisión, integran esas veinte repúblicas latinoamericanas. En la obra que examinamos palpita un estremecedor lamento: el escaso esfuerzo que hasta el presente se ha realizado para comprender en todas sus consecuencias la dimensión espiritual de los pueblos ubicados allende los mares. Por eso mismo, para comprender—probablemente—la principal razón de la presencia editorial de estas páginas, admirablemente sentidas y escritas, tenemos que poner de relieve—como siempre—que, justamente, mucho es lo que se ha hablado de la falta de comprensión entre la América sajona y la América ibera; la misma falta de comprensión que encontramos entre el Occidente y el resto del mundo. Mucho se ha escrito, especialmente por parte de los intelectuales norteamericanos, sobre la incapacidad iberoamericana, o latinoamericana, para comprender los altos fines y valores representados por la civilización norteamericana que ha dado origen a las mejores expresiones de la democracia, la libertad y el *confort* material. Incapacidad iberoamericana para comprender la importancia que tienen estas aportaciones a la cultura que, inclusive, justifican la intervención norteamericana para imponer, si así es necesario, tales valores. Por ello, muchas de las intervenciones norteamericanas en la América ibera van a ser justificadas, en este sentido, como intervenciones en defensa de la democracia y libertad amenazadas, se im-

## RECENSIONES

pondrán dictaduras que, se supone, tienen como fin defenderlas, al menos simbólicamente, porque de hecho no podrían existir dentro de dictadura alguna, cualquiera que sea la justificación que a ésta se dé.

Para el profesor Germán Arciniegas, cosa que no se molesta lo más mínimo en disfrazar dialécticamente, el mundo hispanoamericano vive, en cierto modo, sobre las laderas de un volcán que, como siempre acontece en estos casos, nunca se sabe cuándo será su próxima erupción. Justamente, nos indica en diversos lugares de su notoria aportación doctrinal, hoy la inseguridad está—en lo que concierne a Iberoamérica—a la orden del día. En cualquier momento puede romperse como una cáscara de huevo el orden democrático que heredamos, como ideal, del siglo xix. En los últimos años se han establecido regímenes de caudillos bárbaros en naciones que eran las más cultas de la tierra. Siempre que el despotismo agarra a un país parece que toda su vida intelectual queda amenazada de muerte. Y, sin embargo, dentro de la relatividad de las empresas humanas, hay algo que perdura, que renace, que retorna: la cultura. Se la puede estancar, hundir, enterrar; se la puede esconder a las nuevas generaciones. Se sepultan ciudades, se queman libros, se asesinan pueblos, y al cabo de siglos, burlando estas medidas, hay renacimientos increíbles. Gracias que resucitan, judíos que vuelven a su tierra, Méxicos o Perús que surgen de entre las sombras, son los testimonios de las culturas que no mueren. Una cultura se defiende en la sombra. Su fortaleza no se la da sólo un hombre de genio, sino el curso de las generaciones a través de los siglos...

Hoy, se quiera o no, hay que contar con los pueblos que integran esa inmensa plataforma continental a la que, desgraciadamente, con tantos nombres se la ha bautizado: Iberoamérica, América Latina, etc. Lo único cierto, y esto es lo que interesa destacar dada la especialidad de las páginas de la publicación que ampara nuestra glosa, es que, efectivamente, América—así, a secas—recobra su dimensión continental a lo largo del siglo xx. Justamente, subraya el profesor Germán Arciniegas, ya no pueden seguir viviendo—por ejemplo—Bolivia, Guatemala, el Paraguay, como islas amuralladas, adonde no podía llegar ningún viajero, ningún libro, ninguna idea de fuera. El avión deja libres los caminos que cerró la selva. Las carreteras que durante el siglo xix apenas alcanzaban a ciudades vecinas, hoy unen países, van apretando entre sus lazos a todo el continente. Un dictador no puede obrar impunemente dentro de sus fronteras: la radio, el cable, los periódicos, publican su indecencia y a la vergüenza continental en que se le pone llegará algún día la sanción pública internacional. Otra vez, como en los tiempos de Bolívar y San Martín, las ideas pueden moverse a lo largo del continente, y lo que antes se caminaba en años ahora se vuela en segundos. Si el siglo xix fue el siglo de la independencia, el xx es el de la interdependencia. Al criterio libérrimo de soberanía sucede el acondicionamiento de la responsabilidad. El continente que, aislado, sin caminos, sin más ciencia que la empírica, permaneció inexplorado, pobre, atado a su ineludible movilidad, va explorándose, revelándose, descubriéndose a sí propio, sacando riquezas de las selvas que eran vírgenes, de los antiguos desiertos. En potencia, esto es tan rico como una Rusia, como una California, como un Canadá. Hasta ayer, la ocupación del pueblo no era, en su mayor parte, sino la de que creciese la papa o granase la espiga de trigo o de maíz. Hoy la mayoría de las gentes trabaja en las industrias...

## RECENSIONES

Pero los pueblos latinoamericanos, según el profesor Germán Arciniegas, siguen padeciendo el mismo azote que profundamente imperó en el pasado siglo, a saber: América Latina, salvo excepciones muy cualificadas, está plagada de demagogos—ésta es la suprema desgracia de estos pueblos—. Con los demagogos se repite la misma historia del siglo XIX. El orador de turno sabe que, como a principios del siglo pasado—nos advierte el autor de las páginas objeto de nuestro comentario—, hay que contar con las masas. Si hace cien años el pueblo era un torrente desbordado que sacaba a flote a los caudillos, hoy el pueblo tiene un poder electoral y un poder, otra vez, multitudinario. El orador reclama su concurso, le halaga, le adula para alcanzar el poder. América está sembrada de dictadores que han llegado al poder por este camino y hacen política social y literaria de masas para mantenerlas arriba y hacer negocios. La democracia burlada ha sido y sigue siendo común en nuestra América. Los reaccionarios han visto este punto débil de nuestras costumbres políticas. Se complacen en poner al desnudo las flaquezas y vicios de los demagogos. Encuentran en el funcionamiento de los congresos fuente de inspiración para burlarse de un sistema que muestra una propensión irresistible a buscar los niveles inferiores. Señalan los desórdenes administrativos como ejemplo de lo que llaman funestos sistemas liberales. En los periódicos hacen campañas sarcásticas para burlarse de la inculcable desorientación, del desorden y tanteos en que se resuelven los movimientos populares. Dicen: «Los sistemas liberales y democráticos no son los que convienen a la república.» Mañosamente mueven la opinión hacia las soluciones que idearon en Europa Hitler y Mussolini. Claro está que, por otra parte—cosa que en un rasgo de objetividad que le honra reconoce de forma radical el autor—, con el comunismo acontece otro tanto. El comunismo, escribe el profesor Germán Arciniegas, adopta la misma táctica, y Rusia ve en América su nueva zona de influencia internacional.

Hay, entre otras muchas, dos conclusiones esenciales en las páginas del libro objeto de nuestro examen. En primer lugar, cosa que sería absurdo el negar—puesto que se trata de una evidencia irreversible—, la democracia es, en América Latina, objeto de continua burla. Como muy bien señala el autor, *se trata de un ideal siempre escamoteado*. Pero—cosa que también nos advierte—, en medio de todo, hay algo sostenido que va en ascenso y camino de purificación. No es el poder lo que se busca simplemente, porque el poder ha sido elemento burlador. Hasta el momento mismo en que se llega a la antesala del gobierno, los ideales se mantienen puros, y en el caso del pueblo americano han sido ideales de libertad, de justicia, de igualdad, de paz. La fórmula del poder «para» la realización de ideales es la explicación de la lucha americana. Con esta advertencia indispensable: que esos ideales no han sido los mismos que han movido a los pueblos de otros continentes. En Europa, por ejemplo, se ha luchado por otras causas y por otras cosas. En segundo lugar, indicación absolutamente obvia, los pueblos iberoamericanos—o latinoamericanos—no pueden ya seguir la vía de los pueblos occidentales, han llegado tarde a ese mundo; pero sí pueden actuar como una gran comunidad, la comunidad ibera, que haga respetar sus intereses al mismo tiempo que ésta respeta los de otros pueblos. Si estos pueblos, los iberoamericanos, no se unen—ya lo sabía con una antelación de un siglo el propio Bolívar—no podrán llegar a ser otra cosa que pasto de los pueblos que han hecho de su crecimiento material y el enriquecimiento de

## RECENSIONES

sus individuos —más próximo a nosotros lo señalaba admirablemente Rodó en las páginas de su *Ariel*— una de las principales metas de su expansión. Evidentemente, tras la lectura de estas interesantes páginas del profesor Germán Arciniegas podemos llegar a la repetición, siempre tópica, de que, en verdad, *la historia de los pueblos iberoamericanos constituye una historia en la que sus hombres realizan una permanente quema de naves, una renuncia permanente a lo que son, para el logro de lo que no sólo no son, sino que se evita que lleguen a ser.*

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

RENÉ GIRAULT: *Diplomatie européenne et impérialismes. 1871-1914.* París, Masson, 1979, 256 pp.

Todo estudioso de la dinámica internacional se ha encontrado, más de una vez, con el tríptico *Historia Diplomática-Historia de las relaciones internacionales-Relaciones internacionales* y, sobre todo, está al tanto de las diferencias materiales entre ellas. Cuestión esta última sobremañera sencilla\*, en principio, pero que sigue teniendo un real interés. Así, el asunto *Historia Diplomática por Historia de las relaciones internacionales* (situación aprehensible, por ejemplo, y públicamente, en nuestro medio universitario). Ahora bien, también se da el supuesto contrario: *Historia de las relaciones internacionales por Historia Diplomática.*

Pues bien, el volumen que reseñamos aquí plantea el estudio del período histórico 1874-1914 como Historia de las relaciones internacionales, un terreno —según el profesor R. Girault— de la Ciencia histórica en el que el pasado tiene el carácter del «centro de sus demostraciones», no como *complemento útil* (del Derecho Internacional o de la Ciencia Política) en el que las llamadas del pasado son simples contribuciones —con el valor de *ejemplos*— para *aclarar la actualidad.* Ahora bien, Historia en una concepción *total:* con la ambición de encontrar «todas las formas posibles de relaciones» (página 7). En conclusión, «si hay un campo en que la Historia no puede ser más que total», este campo es el de las relaciones internacionales. «La Historia de las relaciones internacionales se sitúa necesariamente en el cruce de buen número de Ciencias humanas» (*vid.* p. 7). En la línea de P. Renouvin y de J. B. Duroselle, echando mano de *todas las fuerzas del «Juego diplomático».*

\* \* \*

Pues bien, la parte primera de la obra recensionada va encaminada a presentar (pp. 10-63) *los cuadros generales de las relaciones internacionales a fines del siglo XIX.*

El primer cuadro estudiado lo constituye *las condiciones políticas* de las relaciones internacionales. Pues bien, dos son las «condiciones esenciales»

\* *Vid.* nuestro estudio «Historia, Derecho y Relaciones internacionales», en esta REVISTA, 157, 1978, pp. 105-123 (sing., pp. 105-111).

## RECENSIONES

de dichas relaciones: a) Europeocentrismo: «el lugar privilegiado de las relaciones internacionales» es el continente europeo. «El predominio europeo es entonces indubitable» (cf. pp. 10-11). b) Tradiciones diplomáticas: a pesar de la evidencia de las disparidades en las relaciones políticas entre los Estados en el interior de Europa, hay una «especie de tradición» con sus reglas, sus usos, su lengua (pp. 10-11). La diplomacia es un «dominio reservado» en todos los Estados europeos (la estrategia diplomática depende de un «grupo restringido de *decididores*»). Ahora bien, se trata de una vida diplomática dominada por *las relaciones entre los potentes*. En verdad, Europa está lejos de formar un «todo homogéneo». De ahí la distinción entre Estados «que cuentan» y Estados «secundarios» \*\*.

A todo lo que se une otro elemento; bajo el epígrafe *Geopolítica, estrategia diplomática y militar* (pp. 19-23). En resumen, lugar esencial otorgado a las nociones de fronteras, de espacio nacional (desde F. Ratzel hasta A. Sorel), en el pensamiento de los responsables de la política exterior. Concomitantemente, aumento del papel de los militares en las relaciones internacionales. «En todo este período, política y estrategia están íntimamente ligadas» (p. 23).

El segundo cuadro analizado es el que corresponde a las condiciones económicas. El punto destacable en esta cuestión reside en que *el conjunto del mundo está formado por una sola y misma estructura económica: la del capitalismo liberal*, lo que constituye una ventaja indiscutible para la investigación histórica en este terreno. En suma, un «*bel équilibre*» (p. 25), que quedará arruinado definitivamente con la primera guerra mundial. De ese entramado se destacan sus aspectos generales, la faceta del comercio (con el perfil del proteccionismo: paso del liberalismo al proteccionismo desde 1876) y las relaciones financieras y los movimientos de capitales (transferencias internacionales de capitales convertidas en «uno de los medios esenciales del desarrollo económico mundial, y sin obstáculo de ninguna especie»: *vid.* p. 38).

Los *elementos psicológicos y sociales* son el objeto del otro cuadro de las relaciones internacionales, con temas tan interesantes como el «extranjero» en la conciencia colectiva, el papel de la Prensa, la abundancia de mitos y la legión de estereotipos (frecuentemente manipulados por las autoridades), y el nacionalismo («una potente ideología»).

La segunda parte del libro (pp. 66-129) se refiere a *las construcciones diplomáticas estabilizadoras (1871-1890)*. Estamos ante toda una evaluación de la diplomacia de Bismarck. El canciller alemán es valorado como hombre «decidido, pero reflexivo; ambicioso, pero lúcido; provocador, pero realista»; que «tolera mal que otros, a su lado o de lejos, intervengan en sus responsabilidades» (cf. p. 68). Asimismo, se resalta que «raramente el peso de una personalidad ha representado tanto en política exterior» (*vid.* p. 68). Y de él se subraya su gran habilidad para construir «sistemas políticos coherentes y eficaces» basados en dos factores esenciales: la *geopolítica* y la *ideología* (cf. p. 128). En fin, la política bismarckiana es configurada

\*\* En este extremo, es de consignar el elocuente párrafo dedicado a España: «*un modelo de impotencia política*» en la Europa de 1871-1878. Cons., en p. 75, todo el párrafo, que encierra toda una lección para el realismo en política exterior.

## RECENSIONES

como constante esfuerzo para evitar el cambio en Europa, al servicio de la congelación de las posiciones conseguidas por Alemania en el continente (cons. p. 68). Con un «genio inventivo»: el de «enmascarar sus contradicciones por acrobacias diplomáticas» (cf. p. 68). En todo caso, Bismarck ha sido «el último gran diplomático 'clásico' del siglo XIX» (vid. p. 129). Y, en tal contexto, ha de recordarse cómo el libro reseñado se ocupa de los límites de la política de Bismarck. Resumiendo, las razones básicas del fracaso de Bismarck han sido su *desdén hacia las nacionalidades* y su *desprecio por las consideraciones económicas y financieras* (cf. p. 129).

«Au temps des impérialismes» es el título de la tercera parte (pp. 132-238).

Ese tiempo se otea a través de una serie de facetas representativas:

a) Las principales transformaciones de las relaciones internacionales en el amanecer del siglo XX: lo fundamental, la *mundialización*. Estamos en la hora de la *Weltpolitik* (p. 132). Esto se monta a base de elementos como: i) Las grandes corrientes internacionales en las mentalidades colectivas. Lógica situación: a la evolución del medio ambiente ideológico, económico, social y político corresponde *un estado de espíritu nuevo*. Y así nos encontramos con el internacionalismo, el pacifismo, el cientifismo y la creencia en la tecnicidad (pp. 132-133). Pero también hay —una «tendencia dominante»— el nacionalismo (cuyas manifestaciones adoptan formas variadas). Parejamente, el autor estudia el lugar del socialismo y del catolicismo. Mas, asimismo, el significado de la propaganda y de la Prensa, en tanto que técnicas de condicionamiento de las mentalidades colectivas (pp. 138-139). ii) Los factores demográficos y económicos. Es la ocasión para tratar de la explosión demográfica en Europa, y la emigración, y del papel de Europa como motor económico y financiero del mundo. Una gran cuestión en este marco es el imperialismo (pp. 147-149), con la «edad de oro del imperialismo» al final del siglo XIX (p. 148) y con el asunto del imperialismo económico.

b) Los inicios de la Alianza franco-rusa. Su problemática se contempla a base de la estimación de puntos como: i) la «entente cordiale» franco-rusa de agosto de 1891 (con su «única conclusión concreta», p. 154). ii) La constitución de la Alianza militar y política (con el papel de los militares a este respecto y la Convención militar de 17 de agosto de 1892). iii) La práctica decepcionante de los primeros años de la Alianza (1894-1898), con «la debilidad del apoyo francés» contribuyendo al «realismo ruso» (cfr. p. 169).

c) Reparto del mundo y reparto de los negocios con: i) Mundialización de las estrategias de los tres «grandes». Una prueba de esto: la carrera de armamentos navales, medio para una *Weltpolitik* (pp. 170-171). Asimismo se analiza el tema del «espléndido aislamiento» británico (pp. 173-174): «el egoísmo británico». ii) El reparto del mundo y sus dificultades: imperialismo yanqui en Iberoamérica (Unión Panamericana, guerra de Cuba, canal de Panamá); Fachoda; guerra anglo-boer. iii) Los repartos de intereses y sus límites (Turquía, etc.).

d) Nuevos *choix* y primeros crujidos del sistema: la crisis de 1904-1906, desdoblado en dos grandes apartados: i) Las construcciones diplomáticas a principios del siglo XX: direcciones principales de la acción de Delcassé (y

## RECENSIONES

su mérito: *vid.* p. 196), «Entente cordiale» (una «situación diplomática nueva»: cfr. p. 203), etc. *ii*) El tiempo de las crisis y de las opciones 1904-1906: guerra ruso-japonesa, crecimiento económico mundial (dinamismo alemán, etcétera) y aceleración de la carrera de armamentos; sacudidas revolucionarias en Rusia; crisis de Marruecos (largo arreglo), etc.

*e*) La marcha hacia la guerra. En realidad, la cuestión máxima es la «desestabilización general» de Europa. Y en tal problemática se inserta el factor —«el principal factor»— de la carrera de armamentos. Ahora bien, la «fiebre militarista» sólo es la traducción de un fenómeno de mayor amplitud: la *desestabilización económica, social y política de Europa* (cfr. páginas 222-223).

En conclusión, se reflexiona (pp. 238-247) sobre «la crisis final del verano de 1914»: complejo de realidades donde se mezclan estrechamente las condiciones políticas internas y exteriores, las transformaciones y las estructuras económicas, las mentalidades colectivas, y los hombres (p. 247). Y situación en la que, por primera vez desde las guerras napoleónicas, casi toda Europa se encontraba sumergida —de un solo golpe— en una guerra general (p. 241).

La obra recensionada termina con una orientación bibliográfica de seis páginas (pp. 248-253) y un índice (pp. 254-256). Y se completa con cuadros, gráficos y excelentes mapas.

\* \* \*

En fin, el profesor R. Girault nos da una *panorámica multifacética* de las relaciones internacionales en el período 1871-1914 desde la óptica europea. En un libro destinado a los estudiantes universitarios, nos encontramos a la vez con un relato de ritmo cronológico y —punto a retener— una presentación de todos aquellos hechos que ayudan a comprender las «características fundamentales de la nueva historia de las relaciones internacionales». Bajo la tónica intachable encerrada en el siguiente aserto: las relaciones internacionales contemporáneas están compuestas por un «*complejo relacional* donde convergen *las relaciones políticas, las relaciones económicas y las relaciones culturales*» (cfr. p. 247).

LEANDRO RUBIO GARCIA

LEOPOLDO ZEA: *El pensamiento latino americano*. Biblioteca de Ciencia Política (Colección Demos), Editorial Ariel, Barcelona, 1979, 3.<sup>a</sup> edic., 542 pp.

Para comprender en su radical profundidad doctrinal las páginas que audeudamos al profesor Leopoldo Zea, titular de la cátedra Historia de la Filosofía, de la Universidad Nacional Autónoma de México, debemos comenzar afirmando que, efectivamente, el mundo iberoamericano es, al mismo tiempo, todo lo que puede llegar a ser y todo lo que no tiene ya razón de

## RECENSIONES

seguir siendo. Mundo del futuro, utopía, en cuanto no tiene asiento en una realidad que lo esté realizando. Forma sin contenido, anhelo sin fuerza que lo impulse a realizarse. Esto es, nada, aunque pueda teóricamente serlo todo. Tal es la idea que se forma el hombre occidental del mundo iberoamericano—en todos sus órdenes—que queda, al igual que el resto del mundo, al margen de su historia. En espera de que sea incorporado a la misma por la vía de su explotación y dominio, como son o van siendo incorporados los pueblos de culturas que fueron en el pasado la historia, como la India, China, todo el Oriente; o pueblos primitivos, que pueden llegar a esa misma historia, pero que aún no lo son; Africa, Oceanía, etc. Pueblos todos, orientales, primitivos e iberoamericanos, que por alguna razón u otra están fuera del presente de la historia, fuera de lo que Hegel denominó lo que «es y debe ser».

El libro del distinguido profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México no es, aun entrañando formidables valores de toda índole, un manual que se caracterice por su *matización optimista*. Muy por el contrario, inmediatamente lo advertirá su futuro lector, hay cierta innegable tristeza, cierto dolor y cierta desilusión ante el fenómeno, en especial de cuanto acontece en las relaciones internacionales, económicas, sociales y humanísticas de este bellissimo e importante ramillete de pueblos del otro lado del Atlántico. Por eso mismo, cosa que conviene advertirla cuanto antes, el autor es extremadamente sincero cuando, desde las primeras páginas de la obra que inspira el presente comentario crítico, nos asegura que, con este libro, tan sólo trata de exponer—de la forma más amplia y perfecta posible—las tres etapas esenciales del pensamiento político y filosófico del mundo latinoamericano. La primera es, nos dice, la de los románticos: los negadores del pasado histórico como expresión de la dominación hispánica, los «emancipadores mentales», dispuestos a arrancarse el pasado; la segunda etapa: la de los constructores del nuevo orden, se inspira en el positivismo y busca hacer de sus pueblos «copias de formas de un orden extraño a nuestra realidad»; la tercera etapa: que abarca de José Martí a Frantz Fanon, es la de la «filosofía de la liberación», la de los hombres que contribuyeron a forjar, frente al imperialismo norteamericano, una conciencia colectiva nacionalista y antiimperialista...

Vamos, por otra parte, a anticiparnos a la tesis final con la que, en cierto modo, se clausura este bellissimo e interesante libro. Para el autor, y esta es la gran enseñanza que cuanto antes deben fijar profundamente en sus corazones los hombres que pueblan tan delicioso continente, ha llegado ya la hora de desconfiar de cualquier promesa: «Los pueblos, como los hombres, nada pueden esperar de otros que no puedan esperar de sí mismos; tal es la enseñanza del Occidente al mundo. Los pueblos no occidentales han aprendido algo que antes les era ajeno: su puesto en el mundo. El Occidente, al expandirse, ha creado un ámbito universal que antes era ajeno a todos los pueblos del mundo. Un ámbito dentro del cual cada pueblo va a poder medirse. Medida que no va a ser otra que expresión de la capacidad o incapacidad de un pueblo; de las posibilidades e imposibilidades de sus hombres. Hasta ayer, cada pueblo se sentía el centro del mundo o del universo, al no sentir la presencia de pueblos que resistiesen esta universalidad.



## RECENSIONES

Ahora esto ha cambiado: el Occidente ha hecho sentir su presencia e impuesto sus puntos de vista: los puntos de vista de una cultura que se considera a sí misma como universal. Ha hecho patente la existencia de una historia, su historia, como historia universal. Una historia de la cual son simples accidentes las historias de otras culturas, las historias de otros pueblos. Historias marginales, accidentales, que sólo valen por lo que pudieron haber sido como instrumentos de la historia universal y, si acaso, por lo que puedan llegar a ser en un problemático futuro.»

América Latina, afirma el profesor Leopoldo Zea—y no cabe duda de que su afirmación es grave—, jamás ha sido «comprendida» desde la perspectiva internacional. La Europa ibera, nos indica en un determinado lugar de su obra, hará de América un mundo que será prolongación de la cultura por cuya permanencia luchaba; la Europa occidental, por su parte, hará de América el mundo por cuya aparición luchaba a su vez. Una prolongaba el orden que había recibido y trataba de conservar; la otra, de crear un nuevo orden cuya fortaleza había de crecer en el futuro. En una América, el ibero sin acomodo en el viejo orden europeo ampliaba el mismo para lograr tal acomodo. En la otra América, el europeo occidental también fuera de acomodo en el viejo orden creaba un nuevo orden y, con él, un nuevo reacomodo. Uno prolongaba su mundo, su pasado, y se dolía ante cualquier desprendimiento del mismo; el otro, por el contrario, se desprendía del pasado sin remordimiento. El ibero hacía del futuro un instrumento para reafirmar su pasado, al revés del occidental, que hacía del mismo la meta o fin de su pasado. Para uno el futuro no era sino ampliación de su ser, un ser eterno y permanente; para el otro era el devenir de su pasado, su posibilidad, un ser siempre nuevo, nunca plenamente hecho. Mientras uno sólo trataba de afianzar su ser, el otro se preocupaba por crearlo. Uno ponía toda su fe en lo que ya era, mientras el otro ponía su esperanza en lo que podía llegar a ser. Tanto el uno como el otro originaron el modo de ser del hombre que le ha dado existencia con su acción. Un modo de ser diverso en una América y en la otra, en la América ibera y en la América sajona u occidental.

A base, pues, de tantas promesas de ayuda como se han efectuado, de tantas doctrinas—de todo género—como se han sucedido y, muy especialmente, de esas infinitas legiones de políticos que han hecho acto de presencia en la vida latinoamericana ha surgido, como felizmente subraya el profesor Leopoldo Zea, una originalísima forma de ser, de pensar y de sentir: la santa paciencia. Justamente no hay ninguna exageración dialéctica en la consideración filosófico-política con la que, al respecto, se expresa el distinguido profesor: «El modo de ser del americano parece ser la espera; una espera que, de una manera o de otra, va eliminando, paso a paso, todo lo que fue y va siendo, como simples instantes de un esperar que no es sino instrumento de lo esperado.»

En estos momentos, en todo caso, existe además una clarísima diferencia entre los pueblos latinoamericanos y, por ejemplo, los europeos. Esta diferencia está, a nuestra forma de ver, admirablemente analizada en las páginas del libro objeto de nuestro comentario. En efecto, mientras Europa discute en la actualidad su futuro—se entiende que hacemos referencia a su

devenir internacional—, América Latina, por el contrario, sigue empecinada en polemizar sobre su pasado. Mientras Europa lucha por realizar una historia que represente un progreso más de su movimiento dialéctico, Hispanoamérica tiene aún que volver los ojos al pasado para defender libertades que parecían definitivamente ganadas. A cien años de distancia cronológica, Hispanoamérica tiene aún que defender la obra —por ejemplo— de un Juárez y la de un Sarmiento contra las siempre vivas y latentes fuerzas que hacen posibles los actuales defensores de pasados privilegios o los nuevos Rosas. Mientras Europa se aplica a buscar el tipo de comunidad que ha de adoptar en el futuro, Hispanoamérica sigue discutiendo la conquista, la independencia y el liberalismo. Sólo en pueblos como los hispanoamericanos, donde el pasado es todavía un presente, pueden seguir en contraversión formas políticas como las coloniales, que aparecían ya abandonadas. Sólo pueblos que no han asimilado su historia pueden continuar sintiéndose amenazados por su pasado. De aquí la urgente necesidad de realizar esta asimilación. Es menester, consecuentemente —piensa el autor de esta obra—, que nosotros, los hispanoamericanos, hagamos del pasado algo que, por el hecho de haber sido, no tenga ya necesidad de volver a ser. Es menester que hagamos nuestra historia, esto es, que seamos conscientes de ella. Una historia que no hable de los caminos que nuestro pasado ha tomado para no tener necesidad ya de volver a tomarlos, conocidas sus experiencias. Es menester que podamos vivir el pasado como algo que fue y no como algo que aún no es. Es menester que vivamos el pasado en el recuerdo, en la experiencia realizada, en lo que, en suma, somos por haber vivido y no en lo que seremos por seguir viviendo.

Pero ¿cómo conseguir esto...? He aquí, ciertamente, la pregunta clave que se nos depara en el curso doctrinal del libro objeto de nuestro análisis. El destacado intelectual peruano Francisco Miró Quesada, oportunamente citado en estas páginas, muestra por su parte cómo la tarea futura a realizar para la liberación del hombre latinoamericano no es, en rigor, tarea de este o aquel hombre, de este o aquel grupo social, de este o aquel pueblo, sino de todos los hombres, grupos y pueblos. Tarea de Europa y tarea también de —nos dice— «nuestra» América, cada una a partir de su propia realidad, de su propia existencia, que, siendo de hombres, será en este mismo sentido experiencia que puede ser válida para otros hombres. «Pero el descubrimiento de la inautenticidad de Europa —dice Miró Quesada— no significa de ninguna manera la ruptura con el Occidente.» Europa aportó el reconocimiento del hombre, aunque no lo haya sabido reconocer en otros hombres. Esta aportación ha de universalizarse. «Porque descubrir que el sentido último de las cosas reside en el hombre, comprender que todas las creaciones culturales son adjetivas, que lo único esencial es el hombre que las crea; tomar conciencia de que la importancia de las artes, de las letras, del pensamiento filosófico, reside en su contribución al proceso de liberación humana que es la meta de la historia, es sinónimo, estrictamente sinónimo, con ser occidental.» Descubriendo la inautenticidad de Occidente, los latinoamericanos se descubrieron a sí mismos como hombres. Por eso mismo, a la vista de los infinitos problemas que se plantean y sabiamente se examinan en estas páginas, es lícito llegar a aquella sugestiva conclusión a la que, en muy parecidas circunstancias, llegaba el historiador Toynbee: es demasiado

## RECENSIONES

fácil, para algunos pueblos o civilizaciones, lejos de buscar en sí mismos las causas de sus fracasos o posibles fracasos, achacar éstos a las influencias exteriores de otros pueblos. De todas formas, como consuelo menor, recordemos que, en definitiva, la Historia es un largo proceso en la que, en unas ocasiones, dominan ciertos hombres (pueblos), y en otras, otros. Esta es una inevitable situación planetaria que, harto elocuentemente, nos demuestra una mirada superficial a la política internacional contemporánea. Conocer, estudiar y familiarizarse con las páginas de esta obra es, a nuestro parecer —y no creemos estar equivocados—, una sugestiva posibilidad para penetrar con suma facilidad en las mismas entrañas de los pueblos latinoamericanos.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

